

18 cmh

R-75351



ANT
XIX
1271/4

À BORDO

DEL

VAPOR GUIPÚZCOA

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

DON JOSÉ JOAQUIN RIBÓ.

PRIMERA EDICION.

MADRID

IMPRESA DE LA VIUDA É HIJOS DE GALIANO: MINISTERIOS, 2.

Director, Luis García.

1872.

Esta obrita es propiedad de su autor y se reserva
todos los derechos que la ley le concede.

AL SR. D. MARIANO LASTRA,

Capitan del vapor español «El Guipúzcoa.»

En alta mar, cuando nos hallábamos á merced de las olas, ofrecí dedicar á V. esta pobre novelita.

Escrita á bordo del vapor de su digno mando, durante la travesía de Cádiz á la Habana, desde 15 de Enero á 3 de Febrero de este año, á nadie mejor que á V. debia consagrar estas pobres y humildes páginas, que pensaba y escribia en mi mente en las horas de mayor peligro y cuando la tempestad rugia amenazadora sobre nues-

tras cabezas , á fin de distraer mi imaginacion agitada por los recuerdos que me asaltaban en aquellos momentos de tristeza y angustia para el que tiene séres queridos en la tierra y teme no volverlos á ver jamás.

Vale muy poco el trabajo que le ofrezco; sin embargo , acéptelo V. con su acostumbrada bondad , ya que vá en él un cariñoso recuerdo y saludo de su buen amigo

JOSÉ JOAQUIN RIBÓ.

Madrid , Mayo de 1872.

CAPÍTULO PRIMERO

Los compañeros de viaje.

I.

Un vapor de los que hacen la larga travesía de España á América, es un mundo en miniatura.

En cada viaje se puebla de individuos de todas las clases, especies y edades. Véanse allí ancianos, jóvenes y niños; sábios, tontos y necios; militares, religiosos y músicos; ricos y pobres; feos y hermosos; andaluces, gallegos, etc., etc.

Especialmente para el que hace tal viaje por la primera vez de su vida, el espectáculo es sorprendente. En efecto, el lujo, las comodidades, las novedades que á su vista se presentan en buques como *El Guipúzcoa*, por ejemplo; la esmerada limpieza que allí reina;

la extraordinaria animacion que sobre cubierta se observa; el órden más perfecto en medio de tantos pasajeros, de tantos marinos y de tantas maniobras, suspenden el ánimo del que por vez primera observa tales maravillas. Y si escapa, lo que no es probable, de la inevitable contribucion que los *novatos* deben pagar á Neptuno; es decir, del incómodo mareo, disfruta desde el primer día de emociones tales y de placeres tan variados, que en vez de hacérsele monótono tan largo viaje, llega á sentir de veras, al llegar al puerto de su destino, abandonar tan lindo buque, tan variada y amable compañía y tan sencillos placeres.

Por eso no es de estrañar, que el jóven Ricardo P..... de pié sobre la cubierta del magnífico vapor *El Guipúzcoa*, estuviese embelesado observando las maniobras que se hacian y el movimiento que reina siempre, en todo buque, en el momento de su partida.

El Guipúzcoa, que se hallaba en el encantador puerto de Cádiz, debia marchar en el momento mismo en que presentamos al héroe de nuestra novela.

Ya los amigos que habian acudido á despedir á sus familias y deudos se alejaban en

ligeras lanchas agitando blancos pañuelos unos y vertiendo abundantes lágrimas otros.

—¡Quién sabe si volveré á ver al hijo de mi alma! exclamaba una buena madre.

—¡Buen viaje y buena suerte! gritaba un jóven agitando su sombrero.

—No olvides mis consejos, decia un anciano, ocultando las lágrimas que de sus ojos se escapaban..... un atronador silbido, una blanca columna de humo, y el vapor se puso en movimiento.

Solo el repentino balanceo sacó á Ricardo P..... de su distraccion. Dirigió una mirada hácia la hermosa Cádiz, contempló á lo lejos los sombreros y pañuelos que aun se agitaban despidiendo á los viajeros y se encogió de hombros con estóica indiferencia. Ninguno de aquellos cariñosos signos iba dirigido á él. Nadie sentia su marcha, nadie lloraba su ausencia, nadie hacia votos por su suerte.

Ricardo P..... era un jóven de unos 30 años; de bello y simpático rostro, de talle esbelto y elegante, y de maneras distinguidas. Huérfano y pobre, honrado y orgulloso, habia arrastrado á duras penas una trabajosa vida, y

harto de los desengaños de este pícaro viejo mundo, emprendía el viaje al nuevo, decidido si en este no lograba hacer suerte, á emprender, por medio de un revolver, el viaje al otro mundo. Así es que dispuso su marcha con la misma frialdad que si se tratara de una escursion al Escorial. Vendió, realizó todo lo que poseia y logró reunir algun dinero; pero su vicio capital, el orgullo, le hizo tomar un billete de primera cámara, y se arregló en tales términos, que debia llegar á la rica ciudad de la Habana sin una peseta en el bolsillo.

Ricardo paseó su vista sobre los compañeros de viaje que le rodeaban y se puso á estudiarles por sus fisonomías. Es esta en todo viaje, y más siendo largo, imprescindible costumbre. Adquiérense generales y buenas relaciones con todos los que comparten las penas y percances de la travesía; pero sucede siempre que entre tanta gente, escoge uno media docena de personas con las que más se congénia y con las que se entabla una amistad más íntima que con el resto de los viajeros.

La casualidad puso en torno de Ricardo la media docena de individuos que habian de for-

mar su círculo íntimo ó sociedad de confianza durante el viaje.

Era uno de ellos un jóven moreno, de ojos vivos, de cara risueña y burlona, de génio alegre y ligero y estremadamente comunicativo. Llamábase *Pepillo*, y era andaluz.

Otro era un señor de unos 50 años, de bondadoso aspecto y ostentando en sus manos lo menos diez sortijas, al parecer de gran valor, gruesa cadena de oro, botones de brillantes en la camisa, baston con puño de oro, y de vez en cuando sacaba una caja de rapé, tambien de oro.

A su lado habia una señora de edad bastante avanzada; pero compuesta, peinada y adornada con nueva coquetería y con grandes pretensiones. Cerca de ella veíanse dos perritos, una jaula con un magnífico gato de Angola, otra con dos canarios y otra con dos tórtolas.

Acariciando á los perritos estaba una jóven muy linda, muy agradable, pero modestamente ataviada.

Al verla, nadie dudaba de que era hija ó sobrina de la señora de las jaulas, y que aquella modestia excesiva en el vestir no era virtud, sino celos de la señora, que no podia

conformarse con la pérdida de sus verdes abriles, ni con que al lado suyo hubiese estrella que eclipsase su ya antigua hermosura.

Frente á las dos señoras hallábase un señor de edad indescifrable, alto, rubio, con grandes ojos azules, de rostro frio y blanco como la nieve, vestido con intachable elegancia y mirando con unos lindos gemelos de realce las pintorescas costas gaditanas, cuyas formas empezaba la distancia á cubrir de misteriosa vaguedad.

El personaje que cierra la media docena es un caballero de unos 40 años de edad, que al poco rato de emprender su marcha el vapor, subió á la cubierta, y al ver al señor alto y rubio demostró la más viva sorpresa y se quedó cruzado de brazos, contemplándole y como queriendo devorarle con coléricas miradas. Y la circunstancia que unió á la media docena, fué la siguiente:

Cansado el último personaje de hacer la estatua, se acercó al señor rubio, y sin más preámbulos le dijo:

—¿Pero V. se ha empeñado en que yo le mate?

El interpelado volvió tranquilamente la ca-

beza y con la más esquisita cortesía saludó sin decir una palabra.

—Esto es demasiado, continuó el primero. ¿Con que me sigue V. hasta la Habana?

—Oh, sí, exclamó el rubio con subido acento inglés, pero en correcto castellano; hasta el polo Norte si preciso fuera.

—¿Luego no era broma?

—Oh, no señor.

—Solo uno de los dos llegará á la Habana.

—Llegaremos ambos, si Dios quiere.

—Le mataré á V.

—Un crimen..... ¿y por qué?

—Porque esto es insufrible, dijo dando un puñetazo sobre el asiento, y haciendo ladrar á los perritos y bufar al gato de Angola.

—Ya sabe V. mi idea y mis deseos, replicó el inglés con la mayor tranquilidad y finura; fiel á lo primero, cumpliré los segundos, si Dios lo arregla así; pero si mi presencia le ofende, yo que quiero evitar todo disgusto entre nosotros, le prometo que me verá pocas veces; y en cuanto á su señora de V., le juro que no me verá durante el viaje; y saludando con la mayor cortesía, se mezcló entre los demás viajeros y desapareció.

—Yo voy á arrojar me al mar, exclamó el interpelante del inglés.

—Hombre, no haga V. esa barbaridad, repuso el andaluz.

—Bien empieza el viaje, dijo la señora coqueta, en desafíos y suicidios.

—Pero señores, sean Vds. jueces, dijo el provocador; y acercando una banqueta, sentóse junto á Ricardo y empezó así su relacion:

—Yo tranquilo en paz vivia, como dice una zarzuela; casado con una mujer hermosa y buena, y dirigiendo en Madrid una magnífica tienda de sedas en la calle de Carretas, cuando hará cosa de seis meses recibí la carta que voy á leer á Vds.

Y sacando de su cartera un papel, leyó lo siguiente: «Señor D. Braulio Gonzalez. Muy señor mio y de toda mi consideracion: hace tres dias que ví á su adorable esposa de V. en el Retiro y quedé perdidamente enamorado de ella. Supe que estaba casada con V., y como soy muy honrado y enemigo de desunir familias ni provocar disgustos, no dí pasos ulteriores que pudiesen comprometer ni el honor de su linda esposa, ni la tranquilidad de V.; pero yo la adoro, mi alma es suya, y

el porvenir, la suprema felicidad de mi vida, estriba en ser yo algun dia esposo de ese ángel. Como soy hombre honrado no puedo asesinar á V. y tengo que esperar resignado el dia en que Dios se sirva llamarle á sí. Es decir, que aguardo con impaciencia su muerte, para presentarme entonces á su linda esposa y ofrecerla mi amor, mi vida, tres millones de libras esterlinas y un palacio donde ella quiera.

»Juro á V. que hasta entonces no dirigiré á su esposa de V. ni una carta, ni una palabra, nada absolutamente, puede V. estar tranquilo; pero no estrañará V. que la siga á todas partes donde vaya, puesto que lleva á su lado el alma de su seguro servidor

JOHN BUZNER.»

Hotel de los Príncipes.

El andaluz y Ricardo soltaron una franca carcajada al escuchar la carta.

—¿Se rien Vds.? observó D. Braulio.

—Pues es claro, contestó el andaluz; eso es lo que en mi tierra se llama un camelo.

—En un inglés, dijo Ricardo, es creible eso y mucho más.

—Pero Vds. no saben que ese infame inglés ha cumplido su palabra; nos fuimos á los baños y allí fué; volvimos á Madrid y él detrás; salimos un dia á Aranjuez y allí le ví, y al llegar de noche á Madrid bajaba detrás de mí. Estuve ocho ó diez dias en cama con un fuerte catarro, y todos los dias recibia una tarjeta, y todas las tardes un criado, tambien inglés, venia á informarse del estado de mi salud. Yo creí que me moria de aprension. Mi pobre esposa, á quien nada habia dicho, notó mi abatimiento y tuve que contárselo todo; ella se rió y logró consolarme.

Para distraerme, proyectamos un pequeño viaje á Astúrias, y lo hicimos con gran cautela, sin decir nada, ni aun á los dependientes de la casa, y entonces creí verme libre del inglés; pero al tercer dia, paseando por aquellas pintorescas montañas, ví sentado en una roca y dibujando en un album á mi inglés. Volví á Madrid, hablé al alcalde, al gobernador; todos se reian de mí y declaraban que la conducta del inglés no podia censurarse ni menos castigarse; y entonces, desesperado, sin poder vivir, viendo en todas partes, hasta en sueños, la cara larga y fria de ese mónstruo,

me acordé de un hermano de mi mujer que está en la Habana, y con las mayores precauciones, y logrando ocultarnos todo lo posible, emprendimos el viaje..... Escuso ahora decir á Vds. cuál habrá sido mi ira al ver aquí, en el mismo vapor y sin poder huir de él, á ese maldito hombre.

—La verdad, dijo el andaluz, eso de tener al lado un hombre que está deseando nuestra muerte es algo peliagudo. Un hombre que llamará á la tempestad, al rayo, á los tiburones para que le libren de V., es un vecino cargante.

—Pues yo creo, dijo Ricardo, y le ruego dispense mi franqueza, que si bien es rara y censurable la manía del inglés, V. dá prueba de poca calma al tener la de hacerle caso. En vez de esa vida agitada que V. tiene y que acabará con sus fuerzas, cosa que desea el inglés, V. debiera haber seguido tranquilamente en Madrid, burlándose con su robusta salud de los planes de ese loco.

La campana que tocaba á la comida interrumpió las conversaciones.

El aire del mar abre extraordinariamente el apetito; la comida que á bordo del *Gui-*

púzcoa se sirve, es excelente y capaz de contentar al más consumado gastrónomo, y nada de extraño es, por lo tanto, que nuestros nuevos amigos, olvidando al inglés y al esposo perseguido, se dirigieran hácia la mesa, donde les dejaremos, dando remate así al presente capítulo.

CAPÍTULO SEGUNDO

La dama misteriosa.

II.

Era el tercer día de navegacion y la más cordial franqueza reinaba entre las seis personas que en el anterior capítulo presentamos, si bien es verdad que el bueno de D. Braulio se alejaba cuando el inglés se aproximaba, haciendo éste lo mismo en igualdad de circunstancias.

Ya se sabrá que el señor de las alhajas era D. Victoriano R..... prestamista al 300 por 100 al año, que iba á la Habana á tomar posesion de unas magníficas haciendas que un desgraciado le vendió á *retro* en Madrid; que la coqueta de las jaulas era Luisita, jóven bastante linda el año 1830; que en el día (187.....) permanecía soltera y deseaba

encontrar un esposo que compartiese con ella el cuidado de sus perros, gatos y demás animalitos, y que acompañaba á su hermano el prestamista por ver si en la Habana pescaba marido, ya blanco, ya moreno ó morenillo. Dolores, su sobrina y víctima, iba también á la Habana por no tener en España con quien dejarla, que si nó Luisita no hubiera consentido á su lado una jóven que hacía resaltar más su edad y sus pretensiones.

Hallábanse sobre cubierta Ricardo y Pepillo el andaluz.

—Bastante linda es, decia el andaluz, refiriéndose á Dolores. Y si bien me seducen las alhajas de su tio el usurero, me espanta la vieja con su coleccion de bichos; pero la gran mujer, la mujer *h*, la perla de las pasajeras, es una que por un milagro hē visto esta tarde.

—Hombre, cuente V. ese milagro y enséñeme esa perla.

—Allí vá el milagro, que lo demás me parece difícil. Iba yo, segun costumbre, paseando y brujuleando por todos los rincones de este buque, cuando al pasar por el camarote aquel que está junto al cuarto del Sr. D. Victoriano, y cuya puerta estaba entreabierta,

ví en el espejo la cosa más hermosa, la cabeza más hechicera que V. puede figurarse. Sabe V. que yo soy algo travieso y que no me paro en barras para satisfacer un capricho, y tuve el de ver bien á aquella mujer que ni en el comedor, ni en parte alguna se habia presentado durante los tres dias que llevamos de camino; pero al deseo de verla se unió el de entablar conversacion, y *ainda mais*, si posible era; tracé mi plan de batalla y lo ejecuté en el acto; hice como que tropezaba en la alfombra y me tiré al suelo cuan largo era, teniendo cuidado de caer con los brazos abiertos sobre la entornada puerta; ésta se abrió de par en par, y contemplé desde el suelo á la Diosa Venus muellemente reclinada en un divan azul. Ni siquiera se movió al ver mi inusitada manera de presentarme, y yo me quedé absorto en el suelo, contemplando belleza tan extraordinaria y mujer tan elegante. Pero una especie de gigante con grandes bigotes y cara de facineroso, que no sé de dónde salió, se acercó, ayudóme á levantarme, y con brusco acento me preguntó si me habia hecho daño; contestéle que nó, y sin dejarme tiempo para esplicarme ni dar mis excusas á

aquel ángel á quien yo debí asustar, me empujó fuera del camarote, diciéndome con voz trágica: «cuidado con tropezar otra vez,» y... me dió con la puerta en los hocicos.

—Es original..... dijo Ricardo..... ¿si será la esposa de D. Braulio..... la adorada del inglés?

—Cá..... á esa la vemos con frecuencia, y aunque hermosa, no lo es tanto como mi Venus del camarote cerrado. A todos los pasajeros he preguntado, nadie sabe quién es esa viajera, y en cuanto al salvaje de los bigotes, solo de vez en cuando sube á dar instrucciones á los camareros, á tomar copas de rom y de cognac y á llevarse gran cantidad de botellas á su cuarto.

—Será un matrimonio inglés aficionado á los placeres de Baco, y no queriendo dar el espectáculo de sus turcas, se las pasan tranquilamente encerrados en su camarote.

—Nada de eso, ni son ingleses, ni puede haber matrimonio entre un diablo y un ángel, ni allí debe haber más turcas que las que pille el facineroso de los bigotes, que segun la facha debe ser un lagarto de marca mayor.

—Se me ocurre una idea que nos procurará distraccion durante el viaje.

—¿La de arrojar al agua al gigante?

—No; la de averiguar qué casta de pájaros son esos y tratar de adquirir relaciones con ellos.

—¿No he dicho á V. ya que eso es difícil?

—Pues por eso; si fuera fácil no habria tal entretenimiento.

—V. dirá qué hemos de hacer; yo juro obedecer como un perro, pues V. que ha escrito comedias y acude en cosas de periódicos, inventará medios extraordinarios, y yo estoy en mi elemento; vengan travesuras.

—Pues empecemos, dijo Ricardo.

—¿Ahora mismo?

—Sí, el llanto sobre el difunto.

Y cõgiéndose del brazo se dirigieron á la escalera de popa y bajaron al comedor. Ricardo preguntó á los camareros cuál de ellos era el que servía en el camarote misterioso, y le señalaron á uno que llevaba un servicio de café. Acercáronse á él, y despues de pedir dos tazas le hicieron varias preguntas sobre el viajero de los grandes bigotes. El camarero solo pudo decirles que el señor era muy

brusco; que no dejaba estar allí á los mozos más tiempo que el preciso, y que bebia de un modo extrordinario.

—Nada adelantamos con esto , dijo Ricardo al andaluz; será preciso valernos del vino como llave.

—No comprendo , replicó Pepillo.

—Ahora comprenderá V. Y dirigiéndose al mozo, le dijo:—¿ Qué clase de vinos raros hay ?

—La que V. pida, señor ; ya sabe V. que el surtido es aquí completo y magnífico.

—Lo sé ; pero yo necesito un vino del que solo haya en la bodega una botella nada más.

—¿ Cómo ? dijo el mozo sin comprender.

—Hombre , pues claro me esplico. Pido una clase cualquiera de vino con tal que de él no haya más que una botella ó dos.

Sin atreverse el mozo á decir por segunda vez que no entendia, dirigióse á un compañero suyo y le esplicó la pretension de Ricardo. El otro mozo comprendió y dijo: que de casi toda clase de vinos habia barricas ó botellas en abundancia; que de vino de Marsala quedaban seis botellas , pero que se las

habia llevado el señor del camarote en cuestion.

—Magnífico, dijo Ricardo. La providencia me ayuda; pues bien, mozo, dos copas de Marsala.

El mozo se quedó como quien vé visiones.

El andaluz dió un golpe en la mesa y exclamó:

—He comprendido; soberbio plan: ea, mozo, dos copas de Marsala.

El pobre mozo miraba á los dos jóvenes como dudando del estado de sus cabezas.

—¿Pero no les he dicho, señoritos, que ya no hay?

—Entonces acompáñame al camarote de ese señor á ver si quiere cederme una botella. Mi amigo está enfermo, y ese vino se lo han mandado los médicos.

—Y pagaré por él lo que quiera ese señor, añadió el andaluz.

Dirigiéronse hácia el camarote misterioso.

El andaluz se paró bruscamente, y dijo á Ricardo:

—Reflexiono una cosa.

—Diga V.

—Si el avestruz ese me vé otra vez, y con

una pretension tan rara como mi modo de entrar en su cuarto, se vá á escamar y vá á oler el camelo.

—Verdad es; espéreme entonces aquí. Y siguiendo al mozo llegaron al camarote objeto de tal stratagemata.

El mozo dió tres discretos golpecitos en la puerta; el señor de los bigotes abrió, y al ver á Ricardo salió fuera del camarote y entornó la puerta.

Ricardo, revistiéndose de toda su diplomacia y con la más esquisita finura, manifestó le dispensase la libertad que se tomaba; pero que como compañeros de viaje, etc., etc.; y concluyó rogándole le cediera una de las botellas de Marsala para un amigo suyo que estaba enfermo.

—Una me queda, dijo el coloso, y tendré sumo gusto en cedérsela á V.

Ricardo, que no cesaba de mirar por la entornada puerta, respiró creyendo que iba á penetrar en el santuario de la vecina misteriosa; pero el de los bigotes entró en el camarote, cerró la puerta, y á los pocos instantes salió con la botella en la mano y volvió á entornar la puerta.

—Mil gracias, exclamó Ricardo algo despechado; ahora deseo saber cuanto le.....

—El gigante le interrumpió con voz bronca. No soy tabernero. Servidor de V. Y saludando á Ricardo, se volvió á su camarote y cerró.

Ricardo levantó la botella, dispuesto á estrellarla contra la puerta; pero el mozo le dijo:

—No haga V. caso, es su génio; es una especie de oso que no quiere compañía ni conversacion.

Cuando el andaluz vió venir á Ricardo con la botella en la mano, exclamó:

—¡Victoria! ya hay un trofeo.

—¿Qué trofeo ni que calabazas? dijo Ricardo, y contó Pepillo lo sucedido.

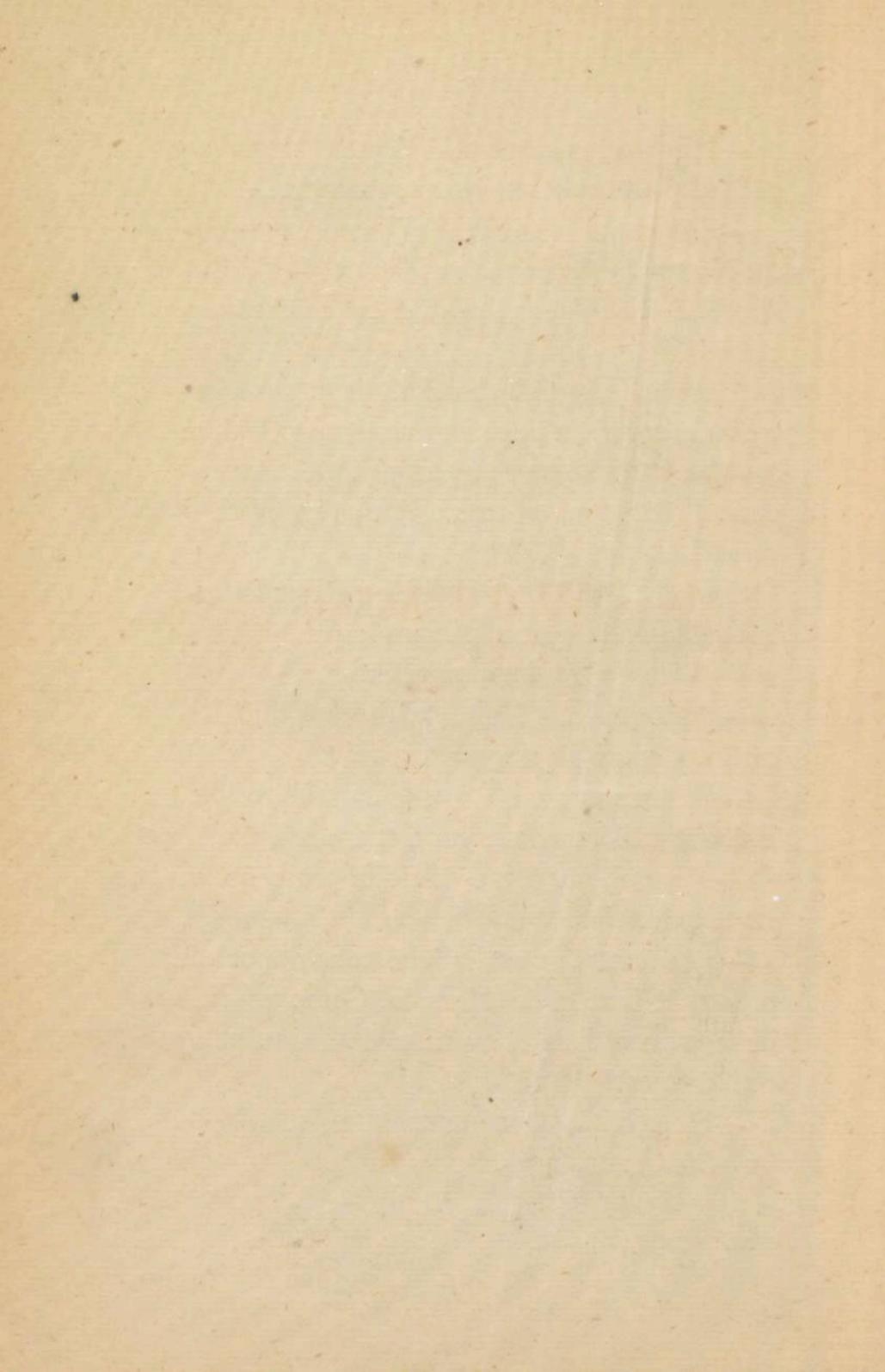
—Ya se lo decia á V.; es difícil ó imposible. Ese Goliath borracho es cancerbero temible.

—Pues ahora firmo decidido empeño en ver á esa mujer.

—¡Adelante, pues! Bebámonos por de pronto la botella de Marsala. Como es vino italiano, nos dará el espíritu de la intriga y venceremos.

—Hágase así y meditemos.

—Meditemos pues.



CAPÍTULO TERCERO

El verbo amar.

III.

Hay en la naturaleza humana una propension fatal á lo desconocido y una aficion general hácia todo lo prohibido. En los países meridionales, en que las inspiraciones y la sangre son ardientes como el sol que dora sus campos, son más visibles estas cualidades, el amor á lo desconocido, á lo fantástico á lo maravilloso y la aficion invencible á lo prohibido.

En ninguna parte ha habido más fanatismo religioso, más supersticiones, más milagros, más leyendas, más brujos ni duendes que en España é Italia.

En pocas partes se hace ménos caso de las leyes de los bandos, etc., que en España.

Fórmase un jardín en cualquier parte, y los primeros días véanse lindas flores y bellos enrejados; pero se pone el bando del alcalde que prohíbe arrancar flores y pisar los cuadros, y al otro día no queda una flor ni un trozo de alambre sano. Prohiben el fijar carteles en una fachada cualquiera, y para dar ejemplo se embadurna esta con un letrero que dice: *se proíve fijar carteles*, lo cual, no solo ofende á la vista, sino á la ortografía. Muy lejos pudieran llevarnos estas consideraciones, que ahora no son del caso.

Con el verbo amar hemos bautizado este capítulo, y preciso es atenernos á el.

Seis días llevaba de navegacion *El Guipuzcoa* y ya encerraba en sus robustos flancos infinidad de corazones en tan poco tiempo traspasados por las agudas flechas de Cupido.

Así, sin ocuparnos de las muchas víctimas que el *dios niño vendado* habia hecho entre los numerosos pasajeros del vapor, nos limitaremos al círculo de nuestros conocidos.

Seguia el inglés amando furiosa, pero *mentalmente*, á la esposa de D. Braulio.

Convencido el andaluz de que la Vénus del camarote era empresa muy árdua para sus

fuerzas, habia dejado enredarse su corazon de los lindos ojos de Dolores, y preciso es confesarlo, de las alhajas y cadenas de su tio.

La vieja Luisita amaba, amaba á todo el mundo; al inglés, á Ricardo, á tres ó cuatro pasajeros, y estaba dispuesta á conceder su mano al primero que la pidiera.

Pero en quien el amor hacia visibles estragos, era en Ricardo.

¿A quién amaba?

Ni él mismo lo sabia; pero la curiosidad primero, la contrariedad despues y la mayor preocupacion tenian su mente siempre ocupada con la mujer misteriosa que aun no habia podido ver.

Por eso hablamos al empezar este capítulo de la aficion á lo extraordinario y á lo prohibido. Tal vez aquella mujer, en circunstancias normales, no hubiese llamado la atencion de Ricardo, que lleno de penas y desengaños, sin porvenir y á la ventura, se hubiera ocupado más en hacer planes para labrar su futura suerte, que en galanteos que su mal humor, el estado de su bolsa y su posicion le prohibian; pero aquel misterio, aquella descripcion de la bella, que habia hecho repetir

mil veces á su amigo el andaluz, le habian impresionado mucho.

Habia hecho mil suposiciones; ya era una jóven arrebatada del seno de su familia por un hombre feroz y despiadado; ya era una víctima de la avaricia de sus padres, casada á la fuerza con un mónstruo inmensamente rico; pero en todos casos veía una mujer jóven y soberanamente hermosa y esclavizada; veía una víctima y un verdugo; un mónstruo y una paloma; un ángel y un demonio.

Verla, verla una vez siquiera, era su anhelo, que luego la fuerza que tal vista le diera le haria encontrar medios para hablarla.

Dedicóse, pues, abandonando algo á sus amigos, á rondar la puerta del camarote misterioso y..... ¡curiosidad disculpable! á escuchar alguna vez que otra. Pero jamás oyó la voz de aquella mujer; en cambio oía al gigante dirigirla cariñosas palabras, ruido de vasos y botellas, y á veces insultos y palabras groseras que el hombre dirigia á la mujer á quien llamaba María, la cual guardaba siempre el mayor silencio.

El buen Ricardo se perdia en conjeturas;

su cabeza era una olla de grillos. A fuerza de pensar creyó adivinar algo. La jóven María debía ser, á su juicio, muda, y hé aquí la causa de su retraimiento. Pero luego consideraba que no era causa suficiente, y volvía á sus cálculos y á su amor creciente, y así pasaban las horas y los dias.

Al octavo de navegacion, y paseando, como solia hacerlo á menudo, delante de la puerta que guardaba su tesoro, vino un mozo á llamar al Sr. Perez (y así supo Ricardo el nombre del cancerbero). Salió éste; Ricardo se ocultó. La puerta no habia quedado cerrada del todo, y apenas el Sr. Perez se alejó, Ricardo, sin poder contener su emocion, se acercó rápidamente, la entreabrió y se asomó un poco.

Crejó cegar de sorpresa; una mujer hermosísima, vestida con la mayor elegancia, coquetería y riqueza, se hallaba, como cuando la vió el andaluz, reclinada en el diván. Estaba inmóvil y se la creyera dormida si sus ojos, brillantes como luceros, no irradiaran tan vívidos fulgores.

Absorto Ricardo, exclamó: ¡ah señora, os amo, os amaré mientras viva! Pero oyendo

pasos, se retiró precipitadamente, volviendo á cerrar la puerta.

Escusado es decir que si antes Ricardo estaba enamorado, ahora, con haber visto tal conjunto de perfecciones, su amor se habia convertido en locura.

Contó su descubrimiento á su amigo Pepillo y le contó tambien su inmensa pasion. El andaluz empezó por burlarse de ella; pero al ver la formalidad con que Ricardo lo tomaba, se calló y respetó aquella fascinacion, que no podia, segun él, ser otra cosa.

—Vamos á ver, decia Pepillo; y si el sayon ese es su marido, ¿qué vá V. á adelantar con su amor? que le rompa una costilla en defensa de la suya.

—Si esa fiera es su marido..... le desafio y le mato..... dijo Ricardo fuera de sí.

—¡Hola, hola! V. no tiene la calma del inglés esperando á que buenamente se muera, cosa que no tardará mucho en vista del modo de beber que tiene el mozo.

—Yo necesito hablar á esa mujer.

—Lo creo; pero me parece difícil. Si el oso ese no fuera tan insociable, yo le convidaria á beber unas botellas, le daria conversacion y

mientras podría V. aprovechar el tiempo; creo que es todo cuanto puede hacer un buen amigo.

—Vamos á ver al capitan, dijo Ricardo.

—¿ Para qué ?

—Voy á que me diga los antecedentes que sepa de estos viajeros, y si puede ser, que me presente al Sr. Perez, que así se llama el carcerbero.

—¿ Será V. capaz de hacerse amigo suyo?

—¿ Qué se yó de lo que seré capaz por hablar á esa mujer y por referirla las penas que por ella paso?

—Pues vamos allá.

El capitan, como hemos dicho, es amable y complaciente hasta el extremo, y recibió á Ricardo con la mayor cordialidad.

Preguntóle Ricardo quiénes eran los misteriosos viajeros del camarote núm.....

—¿ Los viajeros? dijo el capitan. Allí no vá más que el Sr. Perez, hombre muy rico que vá á la Habana y despues á los Estados-Unidos.

—¿ Y es esposa ó hermana la señora que viaja con él?

—¿ Qué señora? dijo el capitan.

—Toma, la jóven que le acompaña.

—¿A quién?

—Al Sr. Perez.

—El Sr. Perez es viudo y viaja solo.

—¿Solo? dijo el andaluz. Aquí debe haber un error. Nosotros hablamos del señor que ocupa el núm....

—Pues, del Sr. Perez, dijo el capitan.

—¿Un hombre muy alto con grandes bigotes?

—Sí, señor.

—¿Con génio de condenado, cara de pocos amigos y aficionado al mosto?

—El mismo, dijo sonriendo el capitan.

—¿Y dice V. que viaja solo?

—Completamente solo; aquí tengo el libro y puedo demostrárselo á V.

—¡Oh! nos basta su palabra de V.; pero la verdad es, dijo Ricardo, que mi amigo y yo hemos visto en su cuarto una jóven hermosísima.

—Será alguna de las pasajeras....

—Tal vez, dijo Ricardo, vivamente preocupado.

—¿Cómo tal vez? interrumpió el andaluz; no es ninguna de las pasajeras; ¿si lo sabré yo

que las paso revista á todas todos los dias?

—Nos habremos equivocado, dijo Ricardo..... gracias capitán.

Y despidiéndose ambos del capitán, se retiraron.

—Pero ¿cómo equivocarme? dijo el andaluz apenas estuvieron solos.

—Silencio, amigo mío, el misterio se aumenta y á nosotros toca descubrirlo. Esa jóven ha entrado aquí sin conocimiento del capitán ni de nadie.

—Es decir, una mujer de contrabando; me escamo, amigo Ricardo.

—Ese hombre ha robado á esa jóven y la lleva por eso oculta.

—Pero ¿dónde la ha traído? ¿en el saco de viaje?

—Nada más fácil que hayan entrado á bordo cuando este estaba lleno de amigos y familias de los viajeros; en medio del desórden ha podido llevarla al camarote y encerrarla.

—Entonces quien debe sacarnos de dudas es el mozo que arregla el cuarto.

—Es cierto.

Buscaron al mozo, y medió entre ellos el curiosísimo diálogo siguiente:

—Hola, Juan, dijo el andaluz, ¿qué tal te vá con el mal genio del Sr. Perez?

—Bien, señor, es brusco y raro; pero dá buenas propinas.

—¿Y la señora? dijo Ricardo.

—¿Cuál? contestó el mozo.

—La suya.

—¿De quién?

—Del Sr. Perez.

—No tiene señora, es viudo.

—Bueno, dijo Pepillo; la hermana, la prima ó lo que sea; la señorita María, en fin.

—¿Qué señorita María? ¿la del núm. 15?

—No, hombre; qué torpe eres; la que viaja con el Sr. Perez.

—Si viaja solo.

—¿Solo? exclamó Ricardo.

—¿Solo? ¡Caracoles! dijo el andaluz; esta no cuela amigo; dinos la verdad y te daremos cinco pesos.

—Sin que Vds. me den nada se la estoy diciendo.

—No seas maula, continuó el andaluz, mientras Ricardo se cruzaba de brazos preocupado; nosotros lo sabemos todo; sabemos que ahí viene una mujer de contrabando; el

capitan nada sabe, y te juramos que nada sabrá por nosotros.

—Pero si es imposible, señorito; si aunque quisiera no podria suceder eso; nosotros la veríamos; además, el camarote es chico y una mujer no se esconde tan fácilmente durante ocho dias.

—Pues nosotros la hemos visto, dijo Ricardo en tono sério, y yo la he hablado.

—¿Usted? dijo el mozo.

—Sí, hoy mismo; no hace todavía dos horas.

—¿Y no era ninguna de las pasajeras?

—No.

—Señoritos, si juran Vds. no comprometerme, les diré algo raro tambien.

—Ahí van los cinco pesos para que te se aclare la voz, dijo el andaluz.

—Pues bien; el segundo dia que yo limpié el cuarto del Sr. Perez, me encontré dentro de una litera un precioso sombrero de señora. Cuando el señor me lo vió en la mano se arrojó sobre mí, me lo arrancó y lo guardó furioso en un cajoncito.

—Un dato, dijo el andaluz; sigue hijo.

—Además, continuó el mozo, lo raro es lo

que sucede con la comida. El Sr. Perez ha mandado que se le sirvan todos los platos de una vez, y no se sienta á comer hasta que los mozos se han marchado y cierra bien la puerta.

—Otro dato, dijo Ricardo.

—Aun hay más, dijo el mozo; lo más raro es que ensucia doble número de platos que el necesario, y que cuando vamos á recoger el servicio, queda siempre lo mejor de cada plato.

—No entiendo eso último, dijo Pepillo.

—Me explicaré; si se le sirve, por ejemplo, un pollo, deja la pechuga y las piernás y se come lo demás; entre las frutas deja las mejores y se come las peores; tiene dos copas para vino y dos para agua, y usa tambien dobles cubiertos.

—Pues ciertos son los toros, dijo el andaluz; pero ¿dónde guarda á esa mujer? ¿Hay algun secreto en el camarote? ¿Se comunica con el de al lado?

—No, señor.

—Bueno, dijo Ricardo; el misterio hemos de descubrirlo, sea del modo que sea. Ahora lo que es preciso es que tú observes, vigiles y

registres para adquirir todos los datos que puedas.

—Bien, señor; tambien me pica la curiosidad y prometo hacer lo que pueda.

—Pues á trabajar cada cual por su lado.

Y se separaron.

CAPÍTULO CUARTO

Se conspira.

IV.

En vista de las dificultades con que tropezaba Ricardo para el logro de sus deseos, se decidió á buscar aliados que le ayudaran en su empresa de investigacion, y dió parte á sus amigos de las observaciones hechas y de la necesidad de aclarar misterios que tal vez ocultasen criminales hechos, ó cuando ménos, censurables violencias de que era víctima, sin duda, una mujer angelical.

Reunidos al otro dia los amigos todos, incluso D. Braulio, en quien la curiosidad y el interés que aquella aventura le inspiraba pudo más que el ódio al cachazudo inglés, Ricardo contó con todos sus detalles lo que habia visto y averiguado, encargando la

mayor reserva con los demás pasajeros mientras no se descubriese la verdad de los hechos.

—¡Pobre víctima! exclamó con voz trágica la vieja Luisita, porque indudablemente es una jóven arrebatada del seno de su familia y condenada por su tirano á un perpétuo encierro.

—Y á un perpétuo suplicio de Tántalo, dijo D. Braulio; pues eso de servirla los mejores manjares para que luego se los lleve intactos el mozo, revela un refinamiento horrible de crueldad..... ¡Tal vez comerá pan solo!.....

—¡Qué horror! dijo Dolores; pero era preciso dar parte al capitán de lo que ocurre.....

—Todavía no, dijo Ricardo; es necesario antes adquirir datos seguros.

—Tal vez, dijo el inglés, se trata de eso una venganza ó castigo de alguna falta. Yo he oído referir en mi país que un esposo, cuya mujer habia sido infiel, y no queriendo dar escándalo, con el que el público se enterara de su deshonra, obligó á su esposa al mayor silencio; hizo asesinar al amante; le retrató despues de muerto; puso en el cuadrito la fecha de su

crímen, y á todas horas, al acostarse, al comer, al ir al templo, enseñaba á su esposa la pirtura y el puñal enrojecido en sangre. A los tres meses de tal suplicio la mujer falleció, no pudiendo resistir el moral tormento á que con horrible insistencia la condenó su esposo.

—Eso no deja de ser una barbaridad, dijo el andaluz.

—¿Si será, como dice Mr. Buzner, una venganza parecida la que sufre esa jóven? dijo D. Braulio.

—Nada tendria de extraño, contestó el andaluz; la mujer es bella como una tentacion del diablo, y el hombre ese es una especie de oso con bigotes, y.....

—Escusemos suposiciones, dijo Ricardo herido en su amor ideal; lo importante es descubrir la verdad. Si hay crímen, hacer que no quede impune; si hay víctima, salvarla.

—Sin embargo, dijo el inglés; el misterio con que viajan, la seguridad con que al parecer se han cubierto las apariencias, pues el capitán y todos los demás pasajeros nada saben ni sospechan, hacen difícil tal averiguacion por los medios ordinarios.

—Pues se recurre á los extraordinarios, dijo doña Luisa.

—Entonces el mejor medio es sorprender á ese hombre, rompiendo la puerta del camarote, y obligando á que la señora declare.

O para dar al hecho más carácter de formalidad, hacer que las autoridades de este buque nos acompañen.....

—Busquemos antes otro medio ménos escandaloso; tiempo hay siempre para recurrir á él, respondió Ricardo.

—Silencio, dijo el andaluz; acudiremos á la intriga. Es necesario que uno se encargue de practicar con una buena barrena un agujero en la puerta del camarote misterioso, y que, aprovechando las coyunturas favorables, oiga y vea por espacio de algun tiempo. Creo que el resultado de estas investigaciones nos marcará el camino que debemos seguir.

—Me parece eso algo indiscreto y peligroso, dijo el inglés.

—El fin justifica los medios, dijo doña Luisita; se trata de hacer una obra de caridad y yo apruebo el plan.

—Pues aprobado, dijo Ricardo; Pepillo

hará el agujero y nosotros observaremos por turnos en las ocasiones convenientes.

—Pues Santiago y al oso de los bigotes.

Dicho esto, marcháronse Ricardo, D. Braulio y el andaluz, quedando D. Victoriano con su hermana y sobrina y el inglés.

—Ya habrán Vds. notado que yo no he dicho una palabra respecto á las tonterías que habeis tenido la paciencia de escuchar y la simpleza de creer, dijo D. Victoriano.

—¿Cómo tonterías? exclamó picada doña Luisita.

—Pues claro está; sabiendo lo bromistas que son los andaluces, habeis tragado la bola con que esos jóvenes se han propuesto divertirse durante el viaje.

—No creo imposible lo que han referido, dijo el inglés; pues Ricardo es joven muy formal é incapaz de decir que ha visto y hablado á una persona que no existe. Más por si acaso fuese una burla, y como yo no las tolero, voy desde ahora mismo á enterarme como pueda.

Y se marchó tambien.

—Y á propósito de bromas, dijo D. Victoriano; me parece, sobrina, que Pepillo, el jó-

ven andaluz, ha establecido contigo un sistema de cuchicheos y telegráfos que no son de mi agrado. ¿Te hace el amor acaso?

—Pero, tío, dijo Dolores más encarnada que una amapola; ¡qué cosas tiene V.! Pepillo me dice flores y ligeras bromas; pero no creo que.....

—Pues yo sí creo, dijo doña Luisita. El andaluz se ha enamorado de tí y no lo disimula mucho; pero no encuentro gran mal en esto, porque es chico listo, bien parecido y de talento; como que me dice siempre que soy muy graciosa y me llama bella Luisita.

—Capricho es, dijo D. Victoriano; pero á eso no me opongo: á lo que sí me opondré será á dar alas al amor de mi sobrina con un quidam á quien por casualidad hemos conocido, que no tiene oficio ni beneficio, y que vá á la Habana á hacer dinero.

—Pues sabiendo hacer dinero, tiene otra admirable cualidad, exclamó doña Luisita, y es muy cariñoso con mis perritos.

—Pues que se case con ellos. Además, yo no le perdonaré que trate de divertirse conmigo, contando embustes como el de la mujer misteriosa.

—¿Y si eso fuera verdad? dijo Dolores.

—Para que veas si conozco bien al D. Pepillo, te prometo que si eso es verdad no pondré obstáculo á vuestros amores, si son honestos y honrados.

En esto se apareció otra vez el inglés, más frio y preocupado que otras veces, y exclamó:

—¡Esos jóvenes se burlan de nosotros!

—¿Cómo? exclamaron doña Luisa y su sobrina.

—¿No lo decia yo? dijo D. Victoriano.

—Oigan Vds., continuó el inglés: habiendo visto que el Sr. Perez estaba sobre cubierta fumando tranquilamente, me marché hácia su camarote; estaba abierto de par en par; dos mozos le limpiaban; me he asomado bajo pretesto de buscar un perrito, y allí ni hay otra persona ni puede haber sitio donde esconderla.

—¿Qué tal? decia D. Victoriano.

—Pues, señor, yo creo que estará escondida en alguna parte..... ¡Si Ricardo ha hablado con ella! dijo Dolores.

—La llevará en el bolsillo del chaleco, exclamó incomodado D. Victoriano. Vamos,

que no se hable más de eso; cualquiera puede vernos y creernos locos.

—O tontos, que es peor, añadió el inglés.

—Pues aquí vienen los tres, dijo doña Luisita.

En efecto; Ricardo, Pepillo y D. Braulio se aproximaron. El primero traía el rostro radiante de júbilo y los otros dos parecían llenos de sorpresa.

—¿Qué tal la señora? dijo el inglés con provocativa frialdad.

—No la hemos visto aun, contestó don Braulio.

—Pero traemos pruebas, fragmentos del cuerpo del delito, dijo el andaluz.

—Mire V., dijo D. Victoriano; puede V. inventar otra diversion, porque esa ya no sirve.

—¿Qué significa? dijo el andaluz.

—Significa, dijo el inglés, que hace algunos instantes he estado dentro del camarote en cuestion, lo he registrado perfectamente y..... la dama misteriosa se ha evaporado.

—Alto, señores, dijo Ricardo; veo en ustedes la duda y la creencia de que pretendemos hacerles una burla de la que, aunque ligera, soy incapaz. Juro á Vds. que he visto y dirigido

algunas palabras á esa mujer. Respecto á lo que el Sr. Buzner dice del camarote, es cierto; nosotros al ver al Sr. Perez sobre cubierta hemos corrido á su camarote; estaba abierto; hemos entrado..... allí, en efecto, no hemos visto á nadie, ni sabemos cómo pueda ocultarse; pero hemos hallado esta bota.

Y del bolsillo del gaban sacó una preciosa botita de raso negro.

—Linda bota, exclamó Dolores.

—Y lindo pié el que la calce.....

—Ni por esas, dijo D. Victoriano; esa bota puede ser muy bien de alguna pasajera amiga que lleve parte en la broma.

—Señores, dijo Ricardo con energía, he dicho una vez, y no suelo repetir las cosas, que soy incapaz de burlarme de personas respetables. He dicho que todo lo referido por mí es la pura verdad y.....

—Aquí sucede una cosa, dijo Pepillo; como yo soy andaluz y tenemos fama de embrollones y tramoyistas, se ha creído que la broma era invencion mia; juro á Vds. que todo cuanto hemos dicho es verdad, y para que Vds. no duden de mí, voy á sacrificarme.

—¿Cómo?

—Sí; voy á arriar mi pellejo, ó cuando menos mis costillas.

—Pero ¿cómo?

—Venga esa bota, Ricardo, y Vds. fíjense bien en el Sr. Perez, aquel animal de los bigotes que está allí fumando.

Ignorando lo que pretendia hacer el andaluz, quedaron todos suspensos, menos Ricardo, que se puso á su lado, y ambos se dirigieron hácia donde estaba el Sr. Perez. Al lado de éste habia unas señoras, á las que se acercó Pepillo, diciendo:

—La señora que haya perdido una bota muy bonita, podrá recogerla de manos de este servidor, que no exige más hallazgo que el de ponérsela.

—¿Quién, V.? dijeron riendo las señoras.

—No; ponérsela á su dueña.

—Ande V., andaluz y basta; á nosotras no se nos ha perdido.

El Sr. Perez volvió la cabeza; pero al mirar la bota, arrojó con furia el cigarro, se acercó al andaluz, lo llevó aparte, y arrebatándole la bota de la mano, exclamó colérico:

—¡Jóven, jóven! ¡La curiosidad puede á usted costarle cara!

—¿Amenazas á mí? dijo el andaluz.

Ricardo se aproximó, y el Sr. Perez se marchó rápidamente hácia su cuarto.

Toda esta escena habia sido perfectamente observada por nuestros amigos, únicos que en ella se fijaron y que pudieron comprenderla.

Volvieron el andaluz y Ricardo.

—¿Y ahora? preguntó éste.....

—Está bien, exclamó el inglés; pero ¿dónde la esconde?

—Eso es, ¿dónde la guarda?

—Tendrá algun secreto el camarote, repuso doña Luisa.

—Eso es; contestó D. Victoriano, un doble fondo como las cajas de los juegos de manos.

—Eso yo lo descubriré, ó pierdo el nombre que tengo, exclamó Ricardo.

—Siga la broma, añadió D. Victoriano.

Ahora, continuó el andaluz, á hacer el agujero y á observar; astucia, constancia y espionaje fino.



CAPÍTULO QUINTO

Dos desafíos.

V.

Desde el principio de nuestra novela no hemos vuelto á hablar de la esposa de don Braulio, y no es toda culpa nuestra, pues viendo que á la reunion de Ricardo acudia el inglés, formó aquella dama círculo aparte con otras amigas.

Pero bueno es presentarla al lector, no solo para que no crea que es ella la dama misteriosa (que existe en efecto, dicho aquí al lector en confianza), sino por los sucesos que involuntariamente provocó.

Emilia, que así se llamaba, era una jóven de unos 28 años, gruesa, robusta, de agraciado rostro, de eterna sonrisa en sus hermosos lábios, y poseyendo ese no sé qué, esa

esencia misteriosa que sin querer nos atrae con profunda simpatía.

Aunque no era lo que se llama una mujer sin rival, de hermosura perfecta, comprendíase, sin embargo, que al frío inglés le llamase la atención aquel rostro tan franco, tan risueño, tan atractivo.

Emilia se había burlado de la persecucion del inglés y se había tranquilizado al ver que la manía de Mr. Buzner era tranquila, fina y completamente inofensiva; pero en vano consiguió convencer á su esposo de lo ridículo de su miedo y de lo innecesario de sus fugas y escondites. D. Braulio, que adoraba á su mujer y que tenia la imaginacion harto débil, dió en preocuparse de tal modo con la conducta del inglés, que no vivia tranquilo, y llevó su locura hasta el punto de emprender el viaje á la Habana, y ya hemos presenciado su ira al ver al inglés.

En vano habia querido provocarle á un duelo, pues no habia motivo ni encontraba amigos que lo aprobasen. El inglés no habia dirigido nunca á su mujer ni una carta, ni una palabra, ni nada que pudiera comprometerla; se limitaba á verla, ó mejor dicho, á ver

al marido con objeto de comprobar el estado de su salud.

Ya en el vapor *Guipúzcoa*, y convencido con el rasgo del inglés de su invencible tenacidad, amonestado por su esposa y aconsejado por sus amigos, parecia algo más tranquilo á ratos; pero á lo mejor volvía á sus ridículos temores y cavilaba los medios de burlar á Mr. Buzner.

Emilia habia confiado estos hechos á sus amigas, que habíanse reido no poco; pero, defecto mujeril, queriendo prestarla un servicio, le dieron un consejo, que lo empeoró todo en vez de mejorarlo.

Dijéronla sus amigas:—Mire V., Emilia, lo mejor era, para librar á D. Braulio de esa pesadilla, que V. hablara al inglés. Este, al parecer, es muy fino y todo un caballero, y no se negará al ruego de una mujer, y menos al de V. Yo le espondria el estado de su marido de V.; le quitaria las esperanzas para el caso de quedarse V. viuda, y le rogaria, en nombre de su felicidad, suspendiese su persecucion, etc., etc.

Débil Emilia, á pesar de su talento, decidióse á dar este paso, y mientras su marido

se hallaba con Ricardo y el andaluz, á caza de la dama misteriosa, buscó al inglés y se acercó á hablarle.

El semblante de éste no se alteró; pero sus ojos adquirieron una viveza desconocida, y saludó con la mayor cortesía.

—Caballero, dijo Emilia, no estrañe V. el paso que doy, pues vengo fiada en su hidalguía. Por primera y última vez voy á dirigirle la palabra y un ruego que espero atienda.

Gozoso y sorprendido el inglés, nada respondió; la voz de aquella mujer era un encanto más que le atraía.

—Mi marido, continuó Emilia, hombre sencillo y leal, es víctima de.....

En este momento fueron interrumpidos por la inesperada llegada de D. Braulio, que subiendo por la escalera de proa y viendo al inglés con su mujer, dió un salto, á riesgo de romperse una pierna, y se dirigió sobre ellos.

—Es V. un mal caballero, que falta á sus palabras, exclamó colérico.

—¡Oh, no señor! dijo tranquilamente Buzner.

—V. juró no acercarse á mi mujer, no ha-

blarla, y lo sorprendo, faltando vilmente á su juramento.

—No me he acercado á su esposa, ni la he dirigido una sola palabra. Sea ella juez.

—Es cierto, tranquilízate, dijo Emilia; yo he sido la que impulsada por.....

—Está bien, dijo D. Braulio, no demos un escándalo; retírate.

—¡Por Dios, Braulio; por Dios, Mr. Buzner!

—He dicho que te retires.

Llorosa se marchó Emilia, y quedaron solos el inglés y D. Braulio.

Ambos callaron, durante algunos minutos; el inglés sacó un cigarrillo y se puso tranquilamente á fumar y á ver la estela del buque.

—Podria saber, dijo, conteniendo su furia D. Braulio, ¿por qué se acercó á V. mi esposa, y qué le dijo?

—Lo ignoro.

—¿Es decir que tampoco ella ha dicho una sola palabra?

—No estoy autorizado á contestar.

—En todo caso, señor mio, estamos ambos autorizados para levantarnos la tapa de los sesos.

—No veo la precision.

—Pues yo sí, y si ahora se niega V., me veré precisado á abofetearle en presencia de todos los pasajeros.

—Deseo evitar ese escándalo, que seria en perjuicio del honor de su esposa inocente.

—Entonces nos batiremos.

—Está bien.

—Pero aquí mismo; esta noche traeré dos pistolas y dos testigos.....

—¿Aquí sobre el buque? ¿y el escándalo, el ruido al menos ?

—Entonces esta noche nos abrazaremos, y así nos arrojaremos al mar. Se atribuirá á una desgraciada casualidad.....

—No me parece mal eso; pero necesito alguna modificacion, dijo el inglés con la misma frialdad que si se tratara de arrojar un vaso defectuoso. Puesto que V. sabe cuáles son mis propósitos, yo creo que es mucho mejor lo siguiente: Esta noche, cuando todos duerman, subimos á cubierta, bajo pretesto del calor, echamos suertes, y al que le toque se arroja al mar.

—Oh, dijo D. Braulio, herido nuevamente por su temor; no, no, no.

—Entonces separémonos como amigos; que nadie note nada; cinco días faltan para llegar á la Habana, y juro á V. que al desembarcar me encontrará á sus órdenes. Lamento el duelo éste, para el que no hay motivo alguno; pero cumpliré como caballero las condiciones que V. imponga.

Y se retiró saludándolo.

D. Braulio fué á reunirse con su esposa.

La atmósfera, al parecer, estaba cargada de electricidad, pues mientras D. Braulio desafiaba al inglés, el andaluz decia lo siguiente á Ricardo:

—Ese bruto me ha insultado con una amenaza, y es preciso que la espique satisfactoriamente; nombro á V. mi padrino, y de paso le proporciono el placer de entrar en el centro misterioso.

—Pero.....

—Nada, Ricardo, estoy decidido; si V. no quiere, buscaré otro amigo, y lo sentiré. Dos veces me ha hablado ese beduino; la primera con guasita, la segunda con amenaza.....

—Vaya, entre V., aquí le espero.

Ricardo se acercó y llamó á la puerta del núm.....

—¡Ya van! contestó la bronca voz de Perez; oyóse mientras claramente el crugir de una falda de seda, despues pasos precipitados en el cuarto, luego el ruido de una llave que gira en la cerradura, y al cabo de poco rato abrió la puerta el Sr. Perez.

Al ver á Ricardo hizo un gesto de disgusto, pero le invitó á pasar; le ofreció un asiento con bastante finura, y le preguntó que en qué podia servirle.

Ricardo, que notaba en la habitacion un delicado perfume, como rastro de una mujer elegante, todo se volvía ojos; así es que Perez tuvo que repetir su pregunta.

Ricardo manifestó el objeto de su visita.

—Entonces Perez, poniéndose de pié, dijo con sorna:

—Yo creí que venia V. por otra botella de Marsala, para su amigo enfermo. En cuanto á la comision que trae V. ahora, puede decir á su amigo que eso es intempestivo durante el viaje, y que al desembarcar me tendrá á sus órdenes.

Saludáronse, y Ricardo se marchó.

Cuando el andaluz supo la contestacion, se

pegó un tiron del pelo, y murmuró: en cuanto le vea subir le pego un garrotazo.

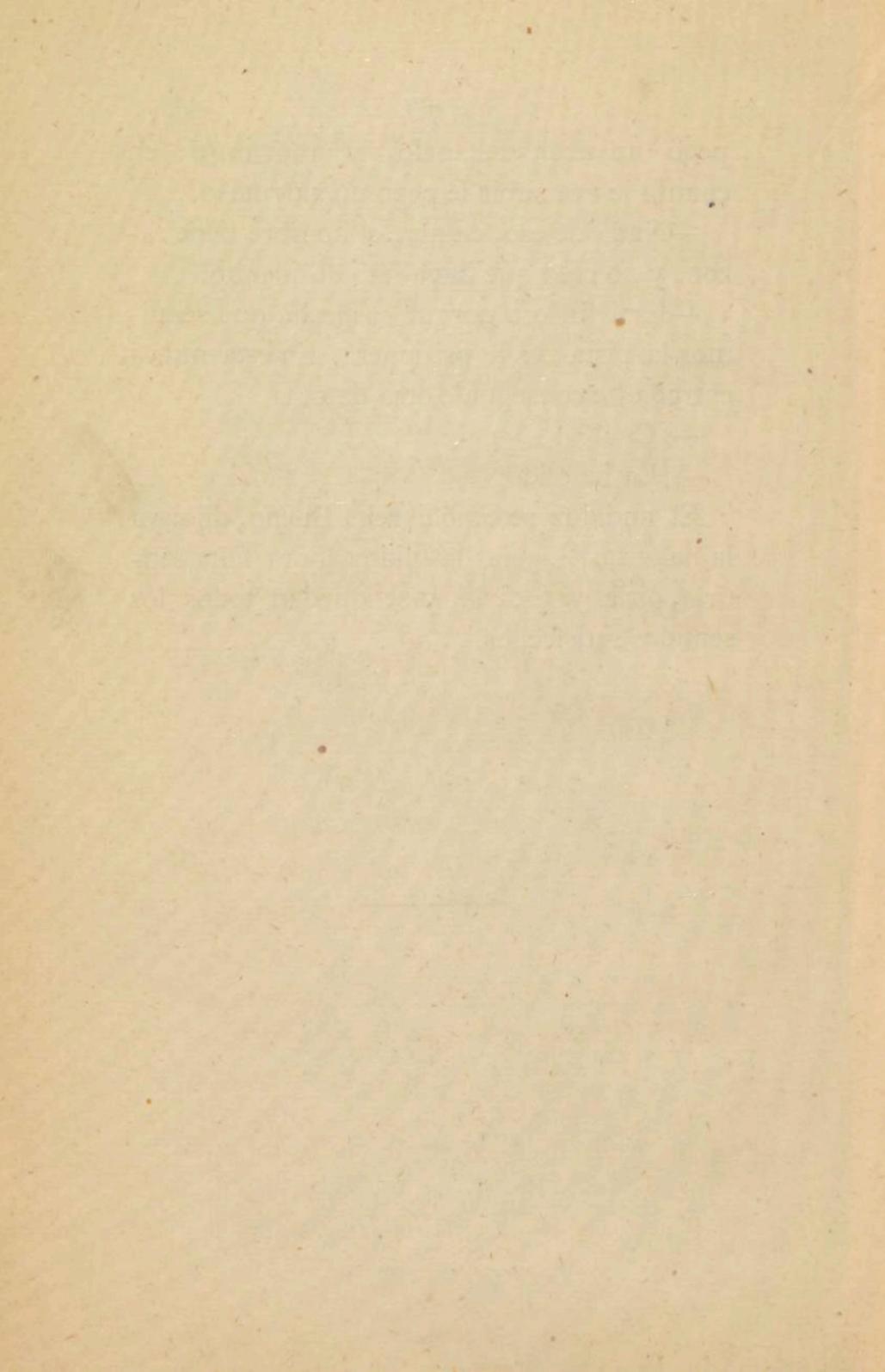
—Nada de eso, calma; el hombre tiene razon, y no creo que haya habido insulto.

—Está furioso porque sospecha que seguimos la pista de su prisionera. En esta nueva entrada he conseguido otro dato.

—¿Cuál?

—¡La he oido!

El andaluz se echó á reir. Bueno, dijo; ya la ha visto V. y la ha oido; ahora falta sentirla, oirla y tocarla, y se quedan todos los sentidos satisfechos.



CAPÍTULO SEXTO

Empieza á descubrirse algo.

VI.

La conspiracion general tramada contra el Sr. Perez seguia adelantando rápidamente; Ricardo, con la curiosidad y el interés propios de un amor ideal; Pepillo, deseando completa venganza del gigante de los bigotes; D. Victoriano con objeto de salir de duda, y Luisita y Dolores con la viva curiosidad propia de su sexo y de las circunstancias extraordinarias del asunto.

Así es que todos deseaban que llegase el momento oportuno, y habia empezado el espionaje más minucioso.

Pepillo habia hecho, no uno, sino dos agujeros, en la puerta del camarote; pero tan mal calculados, que solo se veia la mitad del inte-

rior; sin embargo, se creyó suficiente, y no se hicieron más por no alarmar á Perez.

La escucha y observacion formal debia empezar aquella misma noche á las once, y faltaban pocos minutos.

El mayor silencio reinaba en el buque; solo aproximándose á los camarotes se oian las conversaciones de los pasajeros.

Nuestros conspiradores, que ocupaban un camarote contiguo, salieron á campaña, siendo el andaluz y Ricardo los primeros que tomaron por asalto los agujeros.

—Mire V., mire V., D. Victoriano, dijo Pepillo con voz perceptible apenas; convenzáse V.

D. Victoriano, á pesar de su incredulidad, ó tal vez á causa de ella, se puso á mirar.

Y en efecto, vió lo siguiente: El Sr. Perez, apoyado en una mesita llena de copas, botellas y cigarros, y enfrente una mujer sentada en el divan. Como ya hemos dicho, los agujeros estaban mal dispuestos; así es que solo se veia á la mujer desde las rodillas para abajo; llevaba un lindo vestido blanco, y puestas las botas de raso negro, de las que una ya era conocida por ellos.

—Como Santo Tomás, ahora creo, dijo retirándose D. Victoriano, como si le repugnase este espionaje; pero por más que hizo no pudo arrastrar á su hermana y sobrina, á quienes dominaba la poderosa curiosidad.

Ricardo y doña Luisita pusieronse en observacion, y Pepillo quedó encargado de vigilar, avisando si venia gente para evitar una sorpresa; pero el andaluz, creyéndolo compatible, aprovechó la ocasion para hablar á sus anchas con la jóven Dolores.

Hé aquí ahora lo que vieron ó, por mejor decir, oyeron, los dos observadores en el camarote misterioso, lo cual escribiremos en forma de comedia para no cansar al lector con el dijo, exclamó, etc.

PEREZ.—María, me perdonas, ¿no es verdad? Hoy te he abandonado; pero qué quieres, no ha sido culpa mia. Me temo que dos impertinentes curiosos tratan de sorprender mi secreto, y ha sido sacrificarte y sacrificarme; porque verme privado de tu presencia es dolor inmenso para mí; no adorar tu bello rostro es gran castigo para mis faltas; pero es pena demasiado cruel para mi arrepentimiento, para mi profundo dolor.....

(Oyese en el reloj del buque las once y media.)

PEREZ.—Las once y media..... hora sinies-
tra para mí..... há dos años que á esta hora
y en aquella noche fatal del baile asesiné á
tu inocente hermana.

RICARDO.—(¡Cielos!).

DOÑA LUISITA.—Este hombre es un ban-
dido.....

PEREZ.—Tú me has perdonado, ángel
mio..... Pero Dios no..... aun parece que mis
manos están bañadas en sangre; aun acosa mis
ensueños la imágen de tu hermana revolcán-
dose en tu lecho en los horrorosos dolores de
la agonía; aun se crispan mis nervios y tiem-
blo escuchando aquella voz: ¡bárbaro! ¿qué
has hecho? exclamó, y murió sin proferir una
palabra más.

LUISITA.—(¡Y tan bárbaro como eres!)

RICARDO.—¡Y este hombre ama á esa mu-
jer! ¡y esta mujer que calla, parece amarle
tambien! ¡oh desesperacion! al menos aunque
sea vileza me queda el placer de la ven-
ganza.....

PEREZ.—Alzóse desde entónces una barrera
de sangre entre tu amor y el mio; horror te

inspiraba mi presencia; miedo mi voz; llanto mi silencio. Mi carácter brusco, violento y apasionado no podía comprender tu dolor..... visitóme tu pena y tu frialdad, y en vez de calmarte con caricias, me hice más repulsivo con mis furores, y juré vengarme.....

RICARDO.—(Separándose del agujero.) Este hombre es un monstruo; esa mujer amordazada, tal vez es una víctima; voy en busca del inglés..... yo necesito testigo de este hecho para poner remedio á él.—(Váse.)

Doña LUISITA.—¡Jesús que infame! pero ¿y Ricardo? calla, se ha marchado..... Me parece bien, y D. Pepito pelando la pava con mi sobrina. (Se separa tambien.) ¿Pero, hombre (á D. Pepito), está V. tan fresco charlando con Dolores, mientras aquí tenemos á un asesino, que despues de asesinar á la hermana de la jóven que está aquí encerrada, la lleva por venganza con la boca tapada, pues ella no dice una palabra; ó la ha dado alguna bebida para volverla muda en venganza de su frialdad con él desdese el asesinato de la hermana?

DOLORES.—¡Jesús! ¿puedes cierto eso?

LUISITA.—Y tan cierto, como que lo hemos oido de su propia boca.....

PEPILLO.—¡Un asesino! Ya me lo figuraba yo; si aquella cara y aquellos bigotes no podían dar otra cosa..... ¿Y Ricardo?

LUISITA.—Habrá ido en busca del capitán. Es preciso prender y fusilar á este hombre.

DOLORES.—¿Fusilarle?

LUISITA.—O ahorcarle, me dá lo mismo. ¡Un hombre que asesina á las mujeres y las encierra y vuelve mudas!

(Oyese en el camarote de Perez ruido; despues caen varios objetos de cristal al suelo, rompiéndose con estrépito.)

LUISITA.—Ahora la estará pegando..... Yo voy á gritar.

PEPILLO.—¡Silencio! veamos.

(Aproximánse todos á la puerta.)

PEREZ.—El vino es el mejor calmante; beber y olvidar..... Así. Mal hayan las almas débiles que necesitan escitantes..... A tal estado he llegado yo; en otro tiempo fuerte, activo y feroz..... Hoy tengo que aguantar las impertinencias de dos pollos curiosos que se han propuesto descubrir mi secreto..... ¡Oh, no!..... Descubierto, tal vez la estúpida justicia humana me privara de tu presencia..... Uno de esos necios me ha desafiado hoy.

PEPILLO.—Eso vá conmigo.

PEREZ.—Al desembarcar me batiré con él, y si sabe algo de mi secreto, irá á reunirse con mis otras víctimas.

PEPILLO.—¡Muchas gracias!

LUISITA.—¿Luego ha cometido muchos crímenes?

DOLORES.—¡Qué infame!

(Llegan Ricardo y el inglés; Pepillo y Dolores cuentan rápidamente lo que han oído.)

PEREZ.—¿Te ries? (con voz bronca y vacilante) ¿crees que moriré pronto, acaso en ese duelo, y que te librarás de la presencia del asesino de tu hermana? No. Te equivocas.... Yo viviré..... para vengarme de los amargos dias que tu esquivez y tu ridícula pena me han hecho pasar. Yo era feliz, y una imprudencia tuya amargó mi existencia; yo era amable, y tú me hiciste colérico; yo era sóbrio, y tu me has hecho un vil borracho..... Bebe..... bebe tambien y muere..... ¿Ves este licor rojo? (con voz balbuciente) pues es la sangre de tu hermana..... bebe.....

LUISA.—(¡Qué horror!)

BURNER.—Voy á romper la puerta.

PEPILLO.—¿Qué hacemos?

RICARDO.—¡Dios mio, Dios mio..... que suplicio tan horrible para esa mujer!

PEREZ.— Anda, anda..... allí están los dos amantes en mi propio lecho, y yo con mi puñal me acerco..... y con qué placer lo hundo en el pecho del hombre..... tres veces..... un torrente de sangre me inunda. Qué placer bañarse en la sangre de un enemigo..... y luego ella..... luego tú morirás tambien.....

(Durante estas últimas frases reina la mayor agitacion entre los que están escuchando. Al decir las palabras «tu morirás,» el inglés y Ricardo dan una fuerte patada en la puerta del camarote; Luisita y Dolores se retiran asustadas. El silencio más profundo sucede á los golpes.

El inglés vuelve á llamar; Pepillo y Ricardo se preparan para evitar una brusca acometida de Perez.

La puerta permanece cerrada. Consúltanse nuestros tres amigos; pero el inglés vuelve á llamar.

Abrese entonces esta y aparece Perez con el traje descompuesto, la frente cubierta de sudor, la faz roja y los ojos como inyectados en sangre, con paso vacilante se acerca á

nuestros amigos como luchando entre la embriaguez y la gravedad del caso.

—¿Qué se ofrece? dijo con voz bronca.

—Caballero, dijo el inglés con severa frialdad, todo lo sabemos, y en nombre de la humanidad, como caballeros, como hombres ó como instrumentos de la justicia, rogamos á V. nos entregue esa señora víctima de sus violencias y.....

—¿Son Vds. alguaciles? dijo Perez riendo.

—Somos hombres honrados, exclamó Ricardo, que queremos, ó entregar á la justicia un asesino, ó que este nos entregue una nueva víctima para.....

—¡Y quién les manda á Vds. meterse en camisa de once varas! Yo estoy en mi cuarto y hago lo que quiero..... buenas noches, y aliviarse.....

—Me tomaré la libertad, dijo el inglés con gran calma y decision, de ponerme á las órdenes de esa señora, y si es gustosa en permanecer al lado de V., nos retiraremos.....

—¡Un D. Quijote extranjero! Ja, ja, ja, dijo Perez.

—De este insulto hablaremos luego..... pasemos, señores.

—Pasen Vds. con mil diablos , dijo Perez, y si quieren echaremos otro traguito.

Todos entraron en el reducido camarote, que fué minuciosamente registrado. Todos quedaron mudos y sorprendidos al no encontrar á nadie. Registraron las literas; dieron golpes en la pared, en el techo, en el suelo..... nada..... no habia posibilidad de escondite. Vieron un arca, pero pesaba poco y su tamaño no permitia que se encerrase allí á una persona.....

—Vaya , decia Perez , echándose una copa de rom ; póngase á las órdenes de la señora y ofrézcala D. Quijote su robusta lanza..... ja, ja, ja.....

Nuestros amigos estaban asombrados; ellos todos habian visto una mujer; Pepillo vió primero en el espejo su rostro; Ricardo la vió perfectamente, y hasta la dijo que la amaba; todos acababan de verla sentada y habian reconocido hasta las botas de raso, de las que una habia enseñado antes Ricardo....

—Voy á acostarme, amiguitos , dijo Perez; así, pues, cada mochuelo á su olivo.

Mañana, dijo el inglés , cuando el estado de V. sea el que conviene para hablar con los

caballeros, tendrá D. Quijote el honor de pedirle ciertas esplicaciones.

—Pues memorias á Sancho Panza.

Los tres amigos salieron sin decir una palabra más, y Perez cerró su puerta.

—Es cosa de creer en los duendes, dijo Pepillo.

—Y en el diablo, exclamó el inglés.

—Es para volverse loco, decia Ricardo; si yo la he visto, visto y visto.

—Aquí ya no hay más que un camino..... Avisar mañana al capitan y que en el acto se aclare todo.

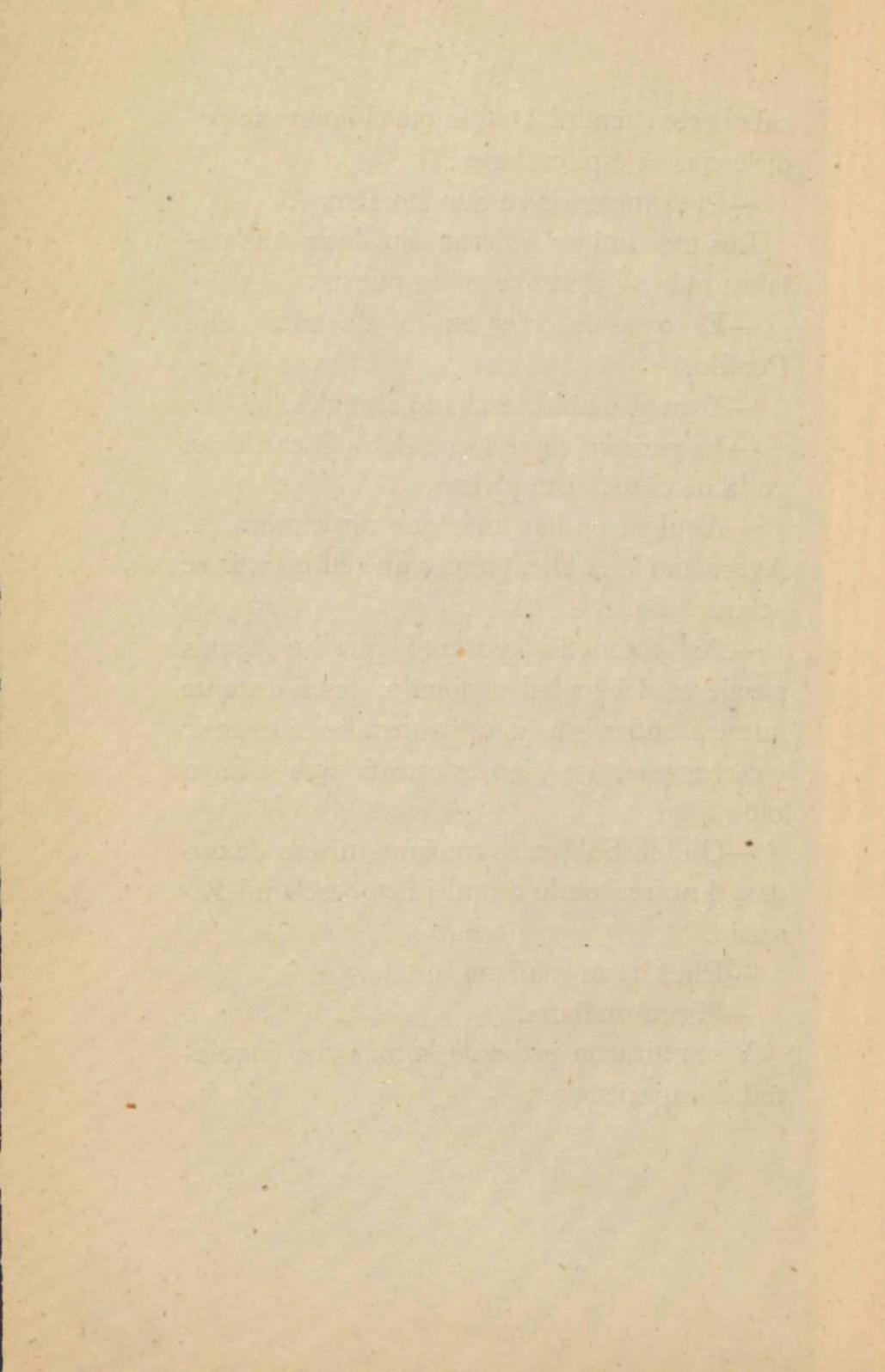
—Así como así, yo creo que los demás pasajeros deben haber notado, pues durante nuestra entrevista, y aun antes, he oido abrir y cerrar puertas, y no es estraño que se haya oido algo.

—Oh, sí. Salgamos mañana mismo de dudas, ó no respondo de mi juicio, exclamó Ricardo.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y se retiraron presa de la más viva inquietud é impaciencia.



CAPÍTULO SÉTIMO

Una novela dentro de otra.

VII.

Por la curiosidad que el lector tenga de saber el resultado de nuestra historia, podrá medir la de nuestros amigos más interesados en ella.

Así es que apenas el capitán se levantó (y madruga mucho), ya estaban nuestros amigos Ricardo, Pepillo y Burner esperándole.

Encerráronse en su cámara y contaron, sin olvidar ningun detalle, todo cuanto habían visto, oído y hablado.

Después que concluyeron, exclamó el capitán:

—Si no fueran Vds. personas tan formales, creería que era broma lo que cuentan; pero me obliga esta consideración á creerles; por

lo demás, lo que Vds. cuentan es tan extraordinario, que aun despues de todo, dudo. Se acabó ya el tiempo de los brujos y duendes, y el diablo tiene harto que hacer en el siglo XIX, para andarse jugando burlas á los mortales. Además, yo nada he notado en el Sr. Perez más que su carácter brusco, sombrío, amante de la soledad y..... del vino..... dijo sonriendo. Tal vez, amigos míos, ustedes hayan escuchado en momentos en que ese señor estuviese un poco *alegre*, y ya saben ustedes que en ese estado se dicen disparates, se hace el amor á una silla ó se dirigen amenazas sangrientas á una botella vacía. Por otro parte, mientras aquí no se falte á la policía del buque ó á las reglas de buena conducta, yo no puedo ni debo mezclarme en secretos que no me interesan ni.....

—No puede V. negarse, capitan, dijo Ricardo, alarmado por el giro que daba al asunto el prudente y sensato capitan; comprendo que en los crímenes anteriores á la entrada de ese hombre en el buque no quiera V. mezclarse; pero esa mujer, esa víctima.

—Pero si Vds. mismos dicen que no han podido dar con ella, dijo el capitan. Si yo co-

nozco perfectamente mi buque, y ni tiene escondites, ni los camarotes están preparados para comedias de mágia.

Tanto hicieron y rogaron nuestros amigos, y especialmente Ricardo, que convencieron al capitán.

—Señores, dijo este, yo hablaré al Sr. Perez; pero solo en tono amistoso y de broma, y exijo que Vds. me acompañen.

Y se dirigieron al camarote de Perez.

Al verlos doña Luisita, exclamó:

—¡Ay! ya vienen á prenderle..... Por Dios, que le ahorquen pronto á ese mónstruo.

Perez se hallaba fumando á la puerta de su camarote; al ver al capitán y á los tres amigos se echó á reir, y con la mayor finura les hizo pasar y sentarse. Cerró despues la puerta, y dijo así:

—Adivino á lo que vienen Vds.; recuerdo confusamente la escena de anoche, y rogando á V. (al inglés) que me dispense cierta frase de que *no quiero acordarme*, voy á explicarme. Una impertinente curiosidad que disculpo por la juventud de Vds. (á Ricardo y Pepillo), y por circunstancias casuales y raras que habrán levantado una novela tempestuosa en

sus ardientes y jóvenes cabezas, y la escena de anoche, les ha impulsado á contar á usted, amigo capitán.

—Conste, dijo este, que yo he dudado siempre; pero son tales las circunstancias, que solo por deshacer la equivocacion que sin duda hay me he prestado á rogar á V. amistosamente saque á estos jóvenes de dudas.

—Todos los hechos referidos por estos jóvenes son exactos. La mujer asesinada era cuñada mia; la que han visto aquí es mi esposa. Sin embargo, pronto convenceré á Vds. de que no soy ningun criminal. En la seguridad de que así lo crean, les exijo palabra de honor de no revelar lo que les cuente; pero si me juzgasen culpable despues de mis esplicaciones, libres quedan de entregarme á la justicia.

—Juramos el secreto, dijeron todos.

—Pues escuchen una al parecer novela, necesaria para esplicar la situacion actual.

—Escuchamos con impaciencia.

Perez repartió unos cigarros, y empezó á hablar así:

Há dos años vivia en Toledo una familia completamente dichosa. Un matrimonio feliz y una jóven angelical. El marido gozaba sa-

lud perfecta; era rico y amaba con delirio á su esposa. Esta era pura y bella, y adoraba á su marido; la jóven, hermana de ella, era un ángel. Pero el marido tenia la fatal pasion de los celos. Era tan feliz, que le parecia demasiado tanta dicha en este mundo desgraciado, y cada dia esperaba algun disgusto. Este llegó, pero terrible..... Debía casarse la cuñada con un honrado jóven de Toledo, y como solo faltaban los últimos indispensables pasos para celebrar la ceremonia, el jóven era considerado como de la familia, frecuentando la casa cuando queria y tratado con la mayor confianza.

Ocurrió, pues, que durante el carnaval de aquel año, el marido tuvo que ir á Madrid á evacuar varios asuntos, entre otros los relativos al casamiento de su hermana; su ausencia debía durar dos dias; pero habiendo, por fortuna, despachado en el mismo dia, quiso impaciente volver á su casa, y aprovechando el tren llegó á Toledo á las doce de la noche; fué á su casa, llamó despacio para no alarmar á su esposa, abriéndole los criados, y subió á su cuarto; acercóse de puntillas á la alcoba, y vió..... un hombre, el novio de su cuñada, completamente vestido, durmiendo al lado de

su mujer y apoyando su cabeza en el seno de ella..... Ciego de ira, y sin poder dominar su violento carácter, buscó un puñal, y lanzándose sobre el lecho, dió tres puñaladas al que creyó su afortunado rival..... Dispénsenme ustedes mi conmocion..... El hombre solo pudo decir..... ¡Bárbaro! ¿qué has hecho?... y murió.

Ciego ya, nada vió, nada escuchó; fué á matar á su esposa que no habia despertado; pero una horrible idea se le ocurrió..... quiso que la venganza fuese mayor aun, y dejándola con el cadáver de su amante, se lanzó á la calle á refrescar sus ideas y buscar una venganza digna de tal crimen.

Dando vueltas por aquellas callejuelas, tropezó con un hombre vestido de máscara, que sin duda se retiraba de algun baile.

El hombre se paró, y acercándose al marido, exclamó:

—Futuro cuñado, ¿qué diablos haces por aquí? ¿estamos de picos pardos?

—¡Cielos!.... ¿Eres tú?.... ¿no estás herido?

—¿Herido? ¿qué dices? ¿qué te pasa?

—Entonces, ¿quién es? Ven, ven conmigo.....

Y le arrastró casi hasta llegar á su casa.

Esta se hallaba en el mayor desórden; oíanse gritos, voces y llantos.

El marido y el jóven subieron atropellando cuanto al paso encontraron, y vieron..... á su cuñada muerta y bañada en sangre, y á su mujer dando gritos de desesperacion..... Escuso, señores, decir las impresiones de esos dos hombres, y escuso decir que el marido era yo.....

Reinó un momento de silencio..... nuestros amigos respetaron el profundo dolor que devoraba á Perez.

Este continuó al cabo de unos instantes.

—La esplicacion de este error es bien sencilla. Mi cuñada, como muchacha, era alegre y amaba las diversiones; en aquella noche fatal habia un baile de máscaras en casa de..... A las ocho de la noche se presentó en mi casa su novio, diciendo:

—¡Qué ocasion! ¡Qué baile tan magnífico!

—Yo quiero ir, dijo mi cuñada.

—¿Sin que lo sepa mi esposo? dijo mi mujer.

—Pues llégate á Madrid á pedirle licencia; qué cosas tienes, dijo la moza

—Tiene razon, dijo el jóven.

—Además, añadió mi esposa, aquí no tengo más que un dominó y.....

—Yo me pongo cualquier cosa..... el caso es ir al baile.

—Una idea, dijo el jóven; voy á alquilar uno.....

—No me gustan trajes alquilados.

—Pues como no te dé uno mio.....

—Esa sí que es idea..... quiero antes de casarme empezar á llevar los pantalones.

El jóven fué por un traje suyo; volvió; entre las dos hermanas lo cosieron, ensacharon y arreglaron; se lo puso la muy loca y marcharon al baile.....

Mucho corrió, mucho bailó, mucho gozó... á las once se volvieron á casa.

Retiróse el jóven; acostóse mi esposa; su hermana se quedó al lado suyo celebrando el baile; pero rendida y cansada cedió al sueño, y abrazada á su hermana, se durmió.....

Ya saben Vds. lo demás.

CAPÍTULO OCTAVO

La dama misteriosa.

VIII.

Honda impresion causó en sus oyentes la historia contada por Perez, y todos comprendieron el horrible tormento que sufriria al recordar la horrible muerte de su inocente cuñada.

Perez continuó:

—El novio de mi cuñada se volvió loco y murió al poco tiempo; y mucho costó salvar la vida de mi esposa horriblemente afectada con aquel suceso. Pero pasó tiempo; salimos de Toledo y fuimos á establecernos donde los recuerdos no vinieran á molestarnos. Marchamos á Bilbao, y allí estuvimos cuatro meses; mi esposa seguia dominada por la tristeza y mostrando hácia mí un disgusto y una frialdad que no podia disimular; comprendiendo su pena, respeté su conducta; pero pasaba

tiempo; el desvío se aumentaba, y no pudiéndolo yo soportar, empecé á incomodarme y empezaron los disgustos; mi carácter algo brusco y mi génio violento, hicieron que perdiese la prudencia algunas veces, y todo lo empeoré, pues el horror que inspiraba á mi mujer se aumentó; furioso yo de que no quisiera perdonarme un crimen involuntario, me exasperé y varié de conducta; tuve queridas; jugué; empecé á beber, y tuve desafíos.....

Ella callaba..... callaba siempre; pero apenas hacia caso de mí. Exasperado llevé una querida á mi misma casa, y allí celebraba orgías y borracheras..... Al mes murió mi esposa de una aneurisma.

Entonces lloré..... lloré mucho y juré rendir un culto eterno á aquella mujer, víctima tambien de mi carácter.

—Empiezo á comprender..... dijo el capitán.

—Pues yo ni pizca..... es V. muy listo, capitán, contestó Pepillo.

—Ricardo no decia una palabra, avergonzado de su ridícula pasion.....

Perez siguió diciendo:

Yo ideaba el medio de no separarme nun-

ca de aquella mujer, de aquella santa, cuyo dolor por la muerte de su hermana hubiera yo podido mitigar con mi cariño y con el tiempo, y que asesiné también con mi conducta.... pero no encontraba ninguno. Un retrato no me bastaba..... hablaban mucho entonces de un sábio húngaro, gran químico, llamado Darfonen Toasc, y marché á consultarle. El podia embalsamar por un nuevo procedimiento, que dejaba al cadáver con todas las exterioridades de un sér vivo; pero habia la dificultad de no poder sustraer este cadáver á la vigilancia civil y eclesiástica. Además, en una poblacion pequeña se hubiera sabido pronto; era difícil sobornar al sepulturero. Decidióse entonces que yo guardaria la cabeza y el corazon.

En efecto, ayudado por el doctor, que títubeó mucho al cometer tal profanacion, se separó aquella cabeza adorable y aquel corazon que solo por mí habia latido. Tomadas las precauciones para que esto no se notase, fué enterrada mi mujer, y al otro dia el doctor me devolvía la cabeza..... tal como si viviera todavía...., Marché despues á París y mandé hacer un maniquí de goma y madera, en pie-

zas fáciles de desarmar. Adapté en él la cabeza; encerré en su pecho el corazón, y gozoso llevé á mi casa este tesoro.

Comprendo que esto es raro y tal vez parezca á Vds. ridículo y pueril; pero yo no tengo desde entonces más compañía que la suya. Yo conservo los vestidos, las alhajas, hasta los perfumes de mi mujer, y yo la visto, yo la adorno, yo la hablo, lloro con ella y con esta ilusión vivo. Es al mismo tiempo un castigo cruel para mí; pero..... soy débil, hay momentos, especialmente hácia la hora en que asesiné á su hermana, que siento unos remordimientos tan horribles, un padecer tan espantoso que..... cobarde he recurrido á la embriaguez por librarme de ellos; pues no puedo decidirme á separarme de esos recuerdos que son al par mi placer y mi tormento.

—Ahora, señores, vean Vds. la obra del doctor Darfonen Toasc.

Y acercándose al arca que antes habían visto, y cuyo poco peso y dimensiones no revelaban nada, la abrió y sacó las varias piezas que componían el maniquí. Allí se vió la encantadora cabeza que entusiasmó á Pepillo y enloqueció á Ricardo.

.....
Guardó conmovido aquellas piezas, y exclamó:

—Hé aquí, pues, la dama misteriosa con quien hablo..... hé aquí la historia lamentable de mi vida. Si soy criminal, decídanlo..... ó acúsenme como profanador de cadáveres.....

—Es V., dijo el capitan, un sér desgraciado, digno de nuestra consideracion y respeto.

Todas las manos acudieron á estrechar la de Perez.

Conmovido Pepillo, exclamó:

—Espero que perdonará V. mis imprudencias.

El inglés, sin decir una palabra, se levantó y volvió á estrechar la mano de Perez; habia olvidado á D. Quijote.

El capitan, conmovido aun, dijo á Perez:

—La vida que V. lleva es un contínuo sufrimiento. ¿Por qué no se separa V. de esos restos queridos y procura vivir tranquilo.

—¡Oh, señores! no podrán Vds. conseguir nada, es irrevocable mi resolucion; hasta el último dia de mi vida tendré á mi lado la cabeza y el corazon de mi esposa.

CAPÍTULO NOVENO

Conclusion.

IX.

Calmada la ansiedad de nuestros amigos, sucedió á aquella pasion el interés más grande hácia Perez, tan desgraciado en medio de su aparente felicidad y riqueza.

Inventaron una historia bastante verosímil para D. Victoriano y las señoras; pero como á pesar de todo no la creyeron, el andaluz contó á su amada la verdad; la jóven se la contó á Luisita, y ésta á su hermano.

Afortunadamente para Perez, su secreto no salió de esta familia, y afortunadamente tambien para el andaluz, el buen D. Victoriano accedió á las relaciones de su sobrina con Pepillo.

.....

Como todo pasa en este mundo, terminó el vapor *Guipúzcoa* su viaje.

Llegaron á la bella Habana, y cada cual marchó donde su interés ó sus negocios le llamaban.

El inglés no pudo batirse con el marido de su bella, porque se habia puesto enfermo.

Esta enfermedad se agravó con el clima cálido del país, al que el rubio hijo de Albion no estaba acostumbrado, y al cabo de unos cuantos dias murió.

Hizo testamento y dejó en él á la esposa de D. Braulio una manda de 20.000 duros; pero con la condicion de que los cobraría al dia siguiente del fallecimiento de su esposo.

Al saberlo éste, exclamó:

—¡Qué manía! ¡y qué insistencia!

¡Qué afan de desear mi muerte! Antes era él el que la deseaba; ahora tal vez la desee mi mujer.—Yo voy á volverme loco.

Pero su esposa, dándole un abrazo, le dijo:

—Niño, niño, ¿no sabes tú que te amo y que como me reia del inglés me rio ahora de sus 20.000 duros?

Así concluyeron las aventuras de este memorable viaje, que jamás olvidaré, y si entre mis muchas ocupaciones y constantes trabajos consagrados á la defensa de la absoluta integridad española, y de aquellos que saben sacrificarse por la misma, puedo robar algunos momentos, no pierdo la esperanza de dar á luz las aventuras de Ricardo (que pensé en mi regreso á la Península y á bordo del mismo vapor de 15 de Abril á 20 de Mayo de este año), héroe inocente de esta novelilla, escrita para saldar una deuda de gratitud con el dignísimo é ilustrado capitán Lastra, uno de los marinos más amantes de la literatura española que en mis viajes he tenido la fortuna de conocer.

FIN.

